

# Cartograma de las ideas filosóficas en la República

Joaquín Santana Castillo

Profesor. Universidad de La Habana.

Resultaba habitual escuchar en boca de quienes fueron sus alumnos, que el destacado filósofo alemán Ernst Bloch solía iniciar su curso sobre Historia de la Filosofía con la idea de un viaje por diferentes parajes del conocimiento. No es entonces sorprendente que el autor de *El principio esperanza*, obra monumental concebida como un himno a los mejores sueños de la humanidad, haya retomado el recurso del viaje para conducirnos, como por encanto, por distintas estaciones del pensamiento y el espíritu.

Confieso que —salvando las distancias entre realidades tan distintas como la europea y la cubana— esta idea del viaje resulta más que sugerente para estudiar, desde una perspectiva histórica, las tendencias del pensamiento cubano y su evolución durante los casi 57 años de República burguesa. Pero emprender un recorrido por los escabrosos senderos de las tendencias intelectuales e ideológicas no marxistas más significativas para el desarrollo de la cultura y la conciencia nacionales, en los años de vida de la República mediatizada, entraña siempre el riesgo de hacer valoraciones absolutas o esquemáticas sobre el papel desempeñado por los portadores materiales de

esas tendencias: los pensadores. Sobre todo, porque esta excursión por las ideas en la Cuba neocolonial tiene lugar a 40 años de su disolución efectiva por medio de una revolución triunfante que logró, por primera vez en nuestra historia, la soberanía plena de la nación e instauró niveles de igualdad y justicia social, insospechados hasta ese momento, en el territorio insular.

La situación presente condiciona los juicios y valoraciones que se hacen de ese pasado. De hecho, ningún análisis serio y objetivo puede obviar la dependencia económica de la Isla y la real subordinación política de los diferentes gobiernos a los dictados imperiales del poderoso vecino del norte. Si a esto se suma la tentación de resaltar los males de la politiquería al uso, la corrupción, el latrocinio, el abandono y desprotección de importantes sectores de la población que se encontraban reducidos a la miseria —o en el mejor de los casos, a la pobreza extrema—, el analfabetismo, la carencia de un verdadero sistema de salud pública y seguridad social, etc; la imagen del período neocolonial es abrumadoramente negativa.

Sin embargo, el presente no es resultado de un acto divino de creación ex nihilo. Lo contemporáneo hunde

sus raíces en el pasado, pues fue en él donde se engendró buena parte de los procesos de carácter objetivo o espiritual que la sociedad actual experimenta. La cultura de un pueblo y los desarrollos o deformaciones económicas que una nación enfrenta son, en su mayor parte, fruto de un tiempo histórico muy anterior al momento actual. Las estructuras económicas, las mentalidades y las manifestaciones ideológicas, políticas y culturales de una sociedad concreta son hijas de diferentes tiempos históricos que se mueven desde la coyuntura e historia inmediata hasta la de larga duración. Esta episteme permite enfrentar, con una perspectiva más amplia, el estudio de un período tan complejo como el de la República burguesa, con lo cual los elementos de positividad presentes en su decursar histórico no permanecen en la sombra.

Un estudio exhaustivo de esta compleja y contradictoria etapa de nuestra historia excedería las posibilidades de este trabajo, que se reduce a valorar y analizar la producción intelectual realizada durante la última década, acerca de las ideas y la filosofía en la República burguesa. Pero antes de adentrarnos en tal problemática, me parece necesaria —como primera estación de viaje— una caracterización general de las contradicciones que permearon la situación de la Isla durante esos años.

## Elementos contradictorios de la República burguesa

Comparada con la independencia y soberanía plena alcanzada por la nación después de enero de 1959, la República que nace aquel 20 de mayo de 1902, emerge lastrada por una disposición foránea de carácter imperial, al serle impuesta por los Estados Unidos la Enmienda Platt. Una percepción de mayor amplitud en el tiempo histórico y que considere, por tanto, el anterior estatus del país, debe al menos reconocer que esta República amañada significaba, sin embargo, un paso de avance en comparación con la condición colonial a la que estaba sometida la Isla por España, incluido el tímido y tardío ensayo de gobierno autonómico. A esto se suma la necesidad de diferenciar el grado de sujeción y subordinación de los distintos gobiernos con respecto a los dictados imperiales del poderoso vecino norteño. La dependencia política está presente en los sucesivos equipos o gabinetes de gobierno, como resultado de la debilidad estructural de la economía cubana y su sometimiento a la industria y mercado norteamericanos; pero su grado varía desde la sumisión casi gratuita hasta la obediencia forzada por diferentes mecanismos de presión. Baste recordar que una figura como José Miguel Gómez no era del total agrado de

Washington,<sup>1</sup> que el gobierno provisional nacido del movimiento del 4 de septiembre, presidido por Ramón Grau San Martín, con Antonio Guiterras en su ala izquierda, enfrentó la hostilidad y el no reconocimiento de la administración de F. D. Roosevelt,<sup>2</sup> y que los gobiernos auténticos, dada la presión de las masas y su proyección programática hacia un mayor nivel de soberanía, entraron en algunas contradicciones, si bien no esenciales, con el gobierno de los Estados Unidos.<sup>3</sup>

Aunque, en 1898, la intervención norteamericana en la guerra frustró la posible victoria de los independentistas contra la metrópoli española, la lucha del Ejército Libertador y la presencia de una fuerte conciencia nacional favorable a la independencia en la mayoría de la población, no pudo ser ignorada por los Estados Unidos. A diferencia de lo ocurrido con Puerto Rico, al gobierno norteamericano no le fue posible imponerle a la mayor de las Antillas el estatus colonial que sí instauró en la hermana nación, con lo cual alcanzaría, en gran medida, sus objetivos en el Caribe. Desde luego, junto al factor independentista presente en la Isla habría que considerar otros elementos; entre ellos, el compromiso contraído por el presidente William Mc Kinley y el Congreso norteamericano, ante su pueblo y el mundo, en la conocida Joint Resolution,<sup>4</sup> el ensayo de nuevos métodos de dominación colonial, razones de política doméstica, las perspectivas que se le abrían al naciente imperialismo en la región del Pacífico, y otros.

El nacimiento de la República burguesa en 1902 marca el inicio de un nuevo período en nuestra historia. Sin embargo, este momento de ruptura con la etapa colonial hace olvidar las continuidades con ese pasado. Estas se aprecian tanto en la deformada estructura económica, con su creciente dependencia del mercado norteamericano, como en las tendencias de lo que hoy en día llamaríamos sociedad civil y que aparecen en la sociedad insular en las últimas décadas del XIX.<sup>5</sup> Continuidades y rupturas que con su interna y complementaria relación signarán el decursar de la vida republicana.

A partir del establecimiento de la República burguesa se produce un proceso de crecimiento económico y de modernización en el país. Las tendencias cosmopolitas de nuestra insularidad, presentes ya en los siglos anteriores, se acentúan. Se inicia un proceso complejo y contradictorio de modernidad desmedrada, que no modificó en lo fundamental la deformada estructura económica de latifundios y monoproducción, pero que favoreció el tímido incremento de una burguesía e industria nacionales en otros sectores económicos. De manera paulatina, y a lo largo de esos años, se fueron introduciendo en el país los avances de la ciencia y la técnica que mejoraban las condiciones de

la vida urbana, acortaban las distancias y perfeccionaban las comunicaciones. Innovaciones técnicas como el alumbrado público, la radio, el automóvil, la aviación, el cinematógrafo, hasta llegar a la muy moderna televisión, cambiaban el entorno insular y hacían de Cuba una de las primeras naciones de América Latina en introducir y aplicar estos símbolos de modernidad. También se produjo un incremento demográfico, ya fuese debido al proceso natural de un índice mayor de nacimientos de la población nativa, como a oleadas migratorias, sobre todo procedentes de España, que alcanzaron cifras significativas en las tres primeras décadas del siglo xx.<sup>6</sup> Este aumento poblacional determinó un crecimiento urbano, sobre todo en La Habana, donde aparecieron nuevas zonas y repartos residenciales que convirtieron la capital de Cuba en una de las ciudades de mayor atractivo de la región, debido a la diversidad y entrecruzamiento de estilos arquitectónicos. La vida cultural experimentó avances con la aparición de nuevos teatros y cines, la creación de instituciones culturales y revistas especializadas. La académica se amplió con dos nuevas universidades: a la de La Habana se sumaron la de Oriente y la de Las Villas, en las décadas de los 40 y los 50, respectivamente.

La sociedad cubana de la República neocolonial se caracterizaba por enormes diferencias entre los diversos sectores y clases sociales. Cuba estaba marcada por abismales contrastes y la existencia de masas marginadas. A la opulencia y ostentación de los grupos más pudientes de la burguesía, con sus lujosas casonas en los repartos residenciales, se oponían los barrios marginales, tan parecidos a las famosas villas-miseria que «adornan» hoy el paisaje urbano en las más importantes ciudades latinoamericanas.

Cada uno de estos elementos —vistos de manera general en las páginas precedentes— conformaron la atmósfera espiritual en que se desarrolló el pensamiento filosófico, político y social del período republicano burgués de nuestra historia. Todo el pensamiento de esta época está condicionado por la situación nacional y por las preocupaciones en torno a la necesidad y capacidad del cubano para acceder a una vida moderna y verdaderamente independiente. Ello dio origen a una producción intelectual que reforzó o construyó parte de los mitos de nuestra ideología política y filosófica, e hizo notables contribuciones a la cultura nacional. No abundan los estudios contemporáneos que de manera sistemática aborden como una totalidad el significado de esta producción para el desarrollo de nuestra conciencia e identidad nacionales ni el papel desempeñado por la inteligencia en este esfuerzo. Afortunadamente, en los últimos años han aparecido algunos trabajos que se consagran al

estudio de las ideas y sirven de punto de partida para futuros análisis y valoraciones.

## Aproximación historiográfica a la producción más reciente sobre las ideas durante la República burguesa

No resulta empresa fácil intentar el trazado de las principales direcciones y tendencias del pensamiento cubano. Este se ha movido, históricamente, al menos en dos direcciones: una reflexiona sobre la realidad de su época, y aspira a la actualización del pensamiento en relación con el internacional. Es la tarea que cumplieron José Agustín Caballero en el siglo xviii y Félix Varela, José de la Luz y Caballero y Enrique José Varona, entre otros, en el xix. La otra dirección se dedica a historiar el desarrollo de las ideas en el país. Desde el punto de vista histórico-filosófico se cuenta con los trabajos precursores de Antonio Bachiller y Morales, José Manuel Mestre, Enrique Piñeyro, José Ignacio Rodríguez, Varona y Manuel Sanguily, quienes, a lo largo del siglo xix, reflejarían la producción intelectual colonial, ya sea como valoración general de las ideas y su evolución, o como estudios de corte biográfico.

Durante la República burguesa se mantienen estas dos direcciones. Varona continúa en su papel de mentor, en las décadas iniciales del xx; posteriormente la reflexión se diversifica y amplía con los trabajos de Jorge Mañach, Medardo Vitier, Fernando Llés, Roberto Agramonte, y las figuras principales de la Sociedad Cubana de Filosofía, como Humberto Piñera Llera y Rafael García Bárcena. De interés resulta también la labor de José Lezama Lima, pues su obra trasciende lo estrictamente literario y alcanza dimensiones estético-filosóficas. Ya en este período el marxismo comienza a ganar cierta importancia por la paulatina influencia que ejerce en medios intelectuales y por el diálogo y contrapunto que autores marxistas de la talla de Carlos Rafael Rodríguez, Juan Marinello y Raúl Roa, sostienen con las ideas dominantes en la Isla.

Desde el punto de vista de la historización de las ideas y la filosofía en Cuba, sobresalen los trabajos de Medardo Vitier, iniciador de los estudios del pensamiento cubano en esta centuria y su sistematizador más importante, con una rica producción en torno al período colonial. A esta se suman, entre otros, los escritos de Raimundo Menocal, Jorge Mañach, Roberto Agramonte, Manuel I. Mesa Rodríguez, Humberto Piñera Llera, Elías Entralgo, Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro, Carlos Rafael Rodríguez y Juan Marinello, quienes reflejaron —ya sea por el estudio puntual de un pensador (Varela, Luz, Varona, Martí) o por sus apreciaciones epocales—, la riqueza y diversidad

del pensamiento cubano, fundamentalmente el decimonónico. Una mención especial merece la Biblioteca de Autores Cubanos, auspiciada por la Universidad de La Habana, bajo la dirección de Roberto Agramonte, que se dedicó a publicar la obra de nuestros principales pensadores del XIX.

Tras la victoria del 59, y con la proclamación del carácter socialista de la Revolución, el marxismo devino hegemónico y la filosofía no marxista desapareció virtualmente del panorama intelectual de la nación. Se iniciaba un complejo proceso dentro de las ideas marxistas en el país, con diferentes etapas y tendencias, que se prolonga hasta nuestros días. Como consecuencia de la influencia del marxismo soviético, y debido a una lectura dogmática de nuestro pasado filosófico, pierden fuerza los estudios sobre el pensamiento cubano. No obstante, Carlos Rafael Rodríguez, Juan Marinello y Raúl Roa mantuvieron su continuidad, a los que se sumaron después los trabajos de Isabel Monal, Eduardo Torres Cuevas, Ana Cairo, Pablo Guadarrama, Zaira Rodríguez, Olivia Miranda, y otros. La mayor parte de lo publicado giró en torno a las figuras y los pensadores cubanos más importantes del siglo XIX. También los estudios sobre José Martí y el significado de su pensamiento y obra alcanzaron una mayor dimensión y organicidad. Una contribución importante al respecto la constituyó la creación del Centro de Estudios Martianos.

La relación puede hacerse más extensa, sin que esto signifique que no existan sensibles ausencias en la historia del pensamiento en Cuba. Estas se hacen más evidentes al incursionar en el devenir de las ideas y la filosofía durante la República mediatizada. Tal vez esto se explique por la mayor dificultad que entraña valorar con objetividad una tendencia o un pensador determinados, en la medida en se encuentren más cercanos a nuestra contemporaneidad. En ocasiones, se genera en el investigador la sensación de adentrarse en un campo minado, lo que favorece el ejercicio de la autocensura.

Por fortuna, en los últimos años han sido publicados en la Isla estudios que incluyen, total o parcialmente, el período de la República mediatizada y que introducen alguna manifestación del pensamiento, o analizan la obra y significado de un pensador. En mi opinión, merecen mencionarse entre otros, la edición cubana, en 1995, del libro de Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral*. Para una historia de la eticidad cubana,<sup>7</sup> publicado en México casi veinte años atrás; el ensayo «Pensamiento y estilo en Jorge Mañach», de Jorge Luis Arcos, premiado por la revista *Temas* en 1999;<sup>8</sup> el prólogo del mismo autor a una selección de ensayos de Mañach,<sup>9</sup> y el texto *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo XX: 1900-1960*, obra colectiva bajo la dirección y redacción final de Pablo

Guadarrama y Miguel Rojas,<sup>10</sup> que cuenta con una versión anterior, editada por la Universidad de Toluca, México, en 1995.

A Cintio Vitier le corresponde el mérito indiscutible de haber escrito dos de las obras más significativas en cuanto a la búsqueda y definición de nuestra identidad cultural. Me refiero a *Lo cubano en la poesía* (1958) y la antes mencionada —que por los años 70 fue conocida solo por ciertos círculos intelectuales en Cuba. A mi juicio, ese texto puede considerarse como un homenaje de Cintio a la obra de su padre Medardo Vitier y, tal vez, como una respuesta teórica a la Nota introductoria a las ideas y la Filosofía en Cuba.<sup>11</sup>

Con *Ese sol del mundo moral...*, Cintio Vitier continúa la senda trazada por su padre y profundiza en las raíces éticas del pensamiento cubano. La segunda parte de este libro, titulada «De la seudorrepublica a la revolución», está dirigida al análisis del contenido ético de las manifestaciones intelectuales y políticas a lo largo de la etapa. Dado que Vitier centra su estudio en el carácter emancipatorio de lo moral, el problema de la eticidad deviene hilo conductor que enlaza las problemáticas afrontadas por el pensamiento en el período colonial y neocolonial.

Es precisamente la aseveración de la centralidad de lo ético-emancipatorio, en el decursar de las ideas en Cuba, lo que le sirve de pretexto a Rafael Rojas para proponer como alternativa la reconstrucción histórica de lo que él considera la otra tradición de la racionalidad: «la tradición discursiva de la ética instrumental».<sup>12</sup> Si la primera estaba representada por Varela, Luz, Martí, etc.; la segunda podía rastrear en las posiciones de Francisco de Arango, Saco y Varona. Con ello, se inició una polémica que fue recogida por las revistas *Casa de las Américas* y *La Gaceta de Cuba*.<sup>13</sup> No es mi propósito reproducir en estas páginas los argumentos utilizados, pero como los ecos de la polémica llegan a nuestros días, debido a que Rojas ha profundizado su tesis en su libro *Isla sin fin: contribución a la crítica del nacionalismo cubano*, publicado en Miami en 1998, convendría retomar algunos de los presupuestos teóricos usados por el autor, en tanto estos sustentan su discurso.

1) El punto de partida de Rafael Rojas es que «la cultura moderna desde el siglo XVIII se había desplegado dentro de la perpetua tensión entre una racionalidad moral emancipatoria y otra racionalidad moral instrumental».<sup>14</sup> Tesis que, de acuerdo con Rojas, fue demostrada y desarrollada por Theodore W. Adorno y Max Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*, y que se convirtió en el eje reflexivo de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt. No cabe la menor duda de que el problema de la racionalidad instrumental en la sociedad moderna es central para Adorno y Horkheimer, figuras principales de la primera

Todo el pensamiento de esta época está condicionado por la situación nacional y por las preocupaciones en torno a la necesidad y capacidad del cubano para acceder a una vida moderna y verdaderamente independiente.

generación de aquella escuela. Sin embargo, una lectura más cuidadosa me hace dudar de que ambos pensadores sostengan la tesis de la existencia de una racionalidad moral instrumental. Para ellos, una de las principales carencias de la razón instrumental se encuentra precisamente en el factor moral. En el prólogo de la obra, escrito en Los Ángeles, California, en mayo de 1944, sus autores señalan, en relación con la segunda parte del libro («Excurs II: Juliette oder Aufklärung und Moral»), dedicada a analizar el pensamiento de Kant, Sade y Nietzsche, que el sometimiento de las fuerzas de la naturaleza por un sujeto autónomo culmina en un efecto contrario, al predominar sobre el individuo ciertas fuerzas ciegas, objetivas, «naturales». Esta tendencia le allana el camino a todas las contradicciones del pensamiento burgués, sobre todo a las de la moralidad rigurosa y las de la amoralidad absoluta.<sup>15</sup> Pretender entonces rastrear la eticidad de la razón instrumental en Cuba puede resultar un contrasentido.

Sería conveniente aclarar que Adorno y Horkheimer no reducen la Ilustración a una determinada época histórica, sino que la identifican con el proceso en cuyo transcurso el hombre somete o intenta someter bajo su dominio a las fuerzas ciegas de la naturaleza, incluida la sociedad como una extensión de ella. Bajo este prisma, la Ilustración se inicia virtualmente con la aparición de los antiguos mitos y se extiende hasta la contemporaneidad. El iluminismo que tiene lugar en el siglo XVIII es solo una fase más desarrollada de este proceso. Pero la Ilustración, cuya intención es liberar al hombre, emanciparlo de las fuerzas ciegas de la naturaleza y la sociedad, lleva dentro de su seno los gérmenes de su contrario y se debate en una interna y compleja dialéctica. Se propone liberar, y esclaviza; aspira a alcanzar el progreso, y este se torna en retroceso y barbarie; pretende el predominio de la razón, y llega a lo irracional. Adorno, Horkheimer, y más tarde Marcuse, no identificaban exclusivamente el predominio de la razón instrumental a mediados del siglo XX con el mercado, el consumo, la ciudad, la propiedad y todas las estructuras alienantes del capitalismo.<sup>16</sup> A estas unían —creo que de manera esencial— el carácter instrumental que habían adquirido la ciencia y la técnica, las cuales, de instrumentos de desenajenación y liberación del hombre, habían devenido mecanismos

de su sometimiento al ser usadas, por ejemplo, en una industria cultural manipuladora de las masas, que había degradado la Ilustración en ideología, entendida esta última como un reflejo tergiversado y manipulado de la realidad. No solo el capitalismo con sus manifestaciones políticas, como el liberalismo —tan del agrado de Rojas—, sino también el stalinismo, se hallaban regidos por esa engañosa instrumentalidad de la razón que alejaba al hombre de su desalienación efectiva.

2) Al trazar una línea teleológica de continuidad entre Arango, Saco y Varona, Rojas olvida las marcadas diferencias existentes entre estos pensadores. No se trata de las lógicas divergencias que se presentan entre hombres de distintas generaciones, sino de la diversidad de sus enfoques al proyectar la modernización de la Isla. Mientras Arango y Parreño, desde una postura ilustrada, proyectaba una modernización basada en el incremento de la producción azucarera, la trata negrera y la esclavitud, Saco abogaba —al igual que Varela y José de la Luz y Caballero— por la abolición de esta denigrante y onerosa forma de explotación. En cuanto a Enrique José Varona, resulta siempre conveniente precisar de qué Varona se está hablando, pues este destacado pensador cubano no fue solo un hombre del período colonial; también desempeñó un significativo papel en las primeras décadas de vida republicana. Es cierto que Varona, principal figura del positivismo en Cuba, ocupó la Secretaría de Educación durante el gobierno interventor norteamericano y que fue vicepresidente durante el gobierno conservador de Mario García Menocal, cargo al que renunció por diferencias con este. Pero él transitó del positivismo al escepticismo creador, y se convirtió en mentor de la juventud cubana, a la que supo alentar en la lucha contra la tiranía de Gerardo Machado.<sup>17</sup>

3) La novísima tesis de Rojas sobre la tensionalidad entre dos tradiciones en el pensamiento cubano, remeda las ideas que muchos años antes expusiera Raimundo Menocal en *Origen y desarrollo del pensamiento cubano*, obra en dos volúmenes, publicada en 1947.<sup>18</sup> Menocal establece una dicotomía absoluta entre separatismo y reformismo. El primero se mostraba intransigente con España, se guiaba por el instinto, sin razonar cuidadosamente sobre las perspectivas del porvenir. Formado, en su mayor parte, por quienes carecían de

bienes de fortuna, se proponía administrar y disfrutar de una riqueza que no había contribuido a producir. El reformismo estaba integrado por cubanos reflexivos, imbuidos de un racionalismo práctico, escépticos respecto a la capacidad del pueblo para regirse democráticamente y pensaban con cuidado en las consecuencias que habría de provocar una independencia que ellos consideraban prematura, conseguida con la intervención de las clases inferiores.

Es cierto que la tesis de Rojas introduce nuevos elementos y se enriquece con la propuesta de una mirada desde la problemática del debate de la modernidad, pero el núcleo de sus ideas es semejante a la propuesta de Raimundo Menocal. En la mencionada obra de este autor puede leerse:

Mientras que los separatistas querían conseguir la independencia nacional de cualquier forma, aunque después viniera el caos social, los reformistas propugnaban sustraerse del poder colonial de una forma evolutiva, por etapas, con la finalidad de que el país no padeciera trastornos violentos y fuese regido por sus figuras más capacitadas y responsables. Además, estaban seguros de que la insurrección habría de significar, inevitablemente, la ingerencia [sic] americana en los asuntos cubanos, problema este que Saco preveía y que quería evitar a todo trance. Martí abogaba también por la independencia cubana sin limitaciones, pero lo abstracto de sus ideas y concepciones no le permitía observar la fatalidad real de las consecuencias inevitables.<sup>19</sup>

Si la mencionada obra de Cintio Vitier y el debate que suscita, tienen como objeto una temática vista en su evolución histórica, el estudio de uno de los más importantes intelectuales de esta etapa ocupa la atención de otro estudioso contemporáneo. A Jorge Luis Arcos le debemos, entre otras contribuciones, el rescate, valeroso y necesario, de una figura compleja y contradictoria como la de Jorge Mañach. Arcos señala, con razón, que Mañach fue el ensayista paradigmático de la República «desustanciada» —como acostumbró a llamarla este destacado pensador, anticipándose a los epítetos de mediatizada o neocolonial. Arcos escribe:

Por muchas razones fue Mañach el pensador, el ensayista, el hombre público, el académico emblemático de la República. Nace en 1898, año de la Guerra hispano-cubano-norteamericana, que propició la mediación estadounidense en la independencia de Cuba y el primer ensayo, en nuestra América, de una república neocolonial, y muere en 1961, luego del triunfo de la Revolución cubana, el primer ensayo, en América, de una revolución socialista, desencantado de su orientación marxista-leninista. Toda su obra y su pensamiento tuvieron un centro cordial: su desvelo por lo que él mismo llamó «la Nación que nos falta», título de un libro que pensó escribir y pudiera presidir el de su obra toda.<sup>20</sup>

Pero la controvertida figura de Mañach es recogida también por otros autores, aunque estos no se propongan —como en el caso de Arcos— concentrar

su estudio en este ensayista mayor. En el mencionado texto, *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo XX: 1900-1960*, se dedica un epígrafe a valorar parte de la producción intelectual de Mañach y se hace referencia a ella en otras de sus partes. El propósito del libro es brindar un panorama general, lo más completo posible, de las tendencias filosófico-ideológicas no marxistas presentes durante la República neocolonial. No existe, hasta la fecha, ningún otro volumen que haya abarcado a tantos pensadores para tratar de dar una imagen del movimiento de las ideas en ese período histórico. En esta generalización radica su principal mérito y a la vez su limitación más notable.

Fruto de una investigación acuciosa por parte de un equipo de profesores de la Universidad Central de Las Villas, la obra ofrece al lector una información inicial, de primera mano, sobre diferentes pensadores —se hayan dedicado o no a incursionar en las problemáticas estrictamente filosóficas— y las principales corrientes filosóficas e ideológicas presentes en la Isla. No obstante la amplitud de la relación, se excluyen figuras que merecerían un lugar en ella, como Raimundo Menocal y Manuel Márquez Sterling, personalidad esta última de importancia en las dos primeras décadas de vida republicana. Al respecto, pudiera alegarse que este no era propiamente un filósofo, pero tampoco lo eran otros que sí aparecen en el texto, como los historiadores Ramiro Guerra y Enrique Roig de Leuchsenring o los espiritistas Julio Gálvez y Salvador Molina, salvando desde luego la enorme distancia intelectual que media entre unos y otros, y que favorece sin discusión a los primeros.

Tal vez incida en lo impreciso del criterio de selección la no definición de qué entender por pensamiento filosófico en Cuba. Otro problema que se detecta es el tratamiento un tanto simple, descriptivo, y en ocasiones esquemático, de algunas personalidades estudiadas o corrientes filosófico-ideológicas. Al margen de estos señalamientos, es necesario reconocer que estamos ante una obra precursora, hacedora de caminos que facilitan el recorrido por el complejo y contradictorio mundo de las ideas en la Cuba neocolonial.

A este universo del pensamiento y la inteligencia cubanos le es propia la diversidad de enfoques y tendencias. De hecho, las preocupaciones en torno a la modernidad y la capacidad o incapacidad de los cubanos para acceder y desenvolverse dentro de sus parámetros, las cuestiones relativas a la identidad, los defectos y virtudes del ser nacional, y el deber ser del país —vistos desde diferentes prismas: político, moral, eugenésico, social—, constituyeron parte del inventario de problemas que fueron abordados tanto por los grandes pensadores cubanos —Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Jorge Mañach, Rubén Martínez Villena

y Julio Antonio Mella, entre otros—, como por autores menores al estilo de Cristóbal de la Guardia, José Sixto de Sola y Mario Guiral Moreno. En definitiva, expresado en términos más generales: Cuba, su soberanía y posible destino devino punto nodal del horizonte reflexivo de varias generaciones de intelectuales cubanos y sus estudios constituyen estaciones principales de todo recorrido por la historia de las ideas en la Isla.

## Cartograma de las ideas en la República burguesa

El estudioso de las ideas se mueve siempre en un terreno escabroso y lleno de obstáculos, máxime cuando no existen antecedentes. Hasta cierto punto, quien se adentra en el territorio del pensamiento para estudiarlo e investigarlo se asemeja al cartógrafo que expresa mediante puntos, líneas y zonas coloreadas sobre un mapa, hechos de una misma naturaleza. Se sobrentiende que el historiador de las ideas o de la filosofía no utiliza tales instrumentos. Más bien construye una carta imaginaria sobre la que traza las corrientes ideológicas, las tendencias filosófico-políticas, los problemas objeto de reflexión y debate y, fundamentalmente, las concepciones de los pensadores. Todo ello con el propósito de proporcionar un cuadro lo más exacto posible de las ideas y su movimiento histórico.

Este cuadro se halla bastante incompleto en lo que respecta al conjunto de ideas prevaletentes a lo largo de la República neocolonial. El trazado de las corrientes ideológicas, políticas y filosóficas que caracterizan el período, se encuentra realizado desde una perspectiva general, no exenta, en ocasiones, de cierto punto de vista dogmático, que presenta una débil capacidad explicativa cuando se intenta aplicarlo a los pensadores y, muy especialmente, a aquellos que se distinguen por la complejidad y contradictoriedad de sus ideas y conducta cívica. Así, por ejemplo, en la Selección de lecturas de pensamiento político cubano II, editada por la Universidad de La Habana en 1985,<sup>21</sup> se clasificaba al pensamiento político de las dos primeras décadas del siglo xx en tres grandes vertientes:

1. Pensamiento democrático y patriótico revolucionario (Salvador Cisneros Betancourt, Manuel Sanguily, Enrique José Varona y Julio César Gandarilla).
2. Pensamiento liberal burgués con una orientación reaccionaria y antinacional (Raimundo Cabrera, Manuel Márquez Sterling, Rafael Martínez Ortiz).
3. Pensamiento democrático-popular y socialista (Diego Vicente Tejera, Carlos Baliño).<sup>22</sup>

Otro ejemplo que tener en cuenta es el que aparece en el ya mencionado texto *El pensamiento filosófico en Cuba...*, cuando al referirse a la definición ideológica y líneas filosóficas a partir de los años 20, dice:

Así quedaron definidas en el plano ideológico dos líneas en el pensamiento filosófico burgués cubano durante la República neocolonial:

1. Una línea francamente reaccionaria, profundamente anticomunista, que se hizo más recalcitrante después del fracaso de la revolución del 30, y que expresaba los intereses del bloque burgués terrateniente. Esta línea fue la predominante durante las últimas décadas de la seudorrepública. En ella se destacaron Jorge Mañach, Luis A. Baralt, Humberto Piñera Llera, Roberto Agramonte, Mercedes y Rosaura García Tudurí, etcétera.
2. Una línea progresista que continuó la tradición filosófica cubana anterior y trató de mantenerla viva. Esta línea representaba las frustradas aspiraciones del sector más radical de la burguesía nacional y el sector patriótico de la pequeña burguesía, que se vieron incapacitados de realizar los sueños democráticos y liberales añorados por el pensamiento burgués decimonónico, debido a la penetración imperialista. En este pequeño grupo de intelectuales se destacaron Fernando Llés, Medardo Vitier, Justo Nicola, Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro y Juan I. Jiménez-Grullón.<sup>23</sup>

Es un hecho que, siempre que se clasifica y ordena, se produce una cierta esquematización o simplificación que borra los matices y posturas intermedias entre las líneas ideológicas y los propios pensadores. Por eso pienso que, al hacerlo, debe evitarse toda proyección reduccionista que provoque cuestionamientos ulteriores. El análisis realizado en el primer ejemplo en torno a las corrientes ideopolíticas y la inclusión, en cada una de ellas, de figuras de la vida intelectual y política del país en las dos primeras décadas del siglo xx, despierta en el estudioso avezado más de una interrogante.

La primera es una pregunta que cae por su propio peso. ¿Existe o no un pensamiento conservador en Cuba, en este período? Es cierto que se habla de una corriente reaccionaria y antinacional; pero se le cataloga como liberal-burguesa. Opino que en la República neocolonial existió un pensamiento conservador, y que algunas de las figuras incluidas en esta selección dentro del liberalismo burgués militaron, en realidad, en las filas del conservadurismo.

Una segunda cuestión se refiere a si el pensamiento democrático y patriótico revolucionario no es también liberal. En mi criterio, tanto esta corriente como la denominada como tal, se insertan en el pensamiento liberal. Por lo regular, se piensa que el liberalismo burgués se comporta como un todo homogéneo, cuando en realidad en él se han presentado posiciones disímiles. Junto al económico, se encontraba un liberalismo político, cuyo diapasón le permitió moverse entre los extremos, para acercarse en unas ocasiones al conservadurismo y, en otras, a las posiciones

El trazado de las corrientes ideológicas, políticas y filosóficas que caracterizan el período, se encuentra realizado desde una perspectiva general, no exenta, en ocasiones, de cierto punto de vista dogmático, que presenta una débil capacidad explicativa cuando se intenta aplicarlo a los pensadores y, muy especialmente, a aquellos que se distinguen por la complejidad y contradictoriedad de sus ideas y conducta cívica.

revolucionarias más radicales. Ello encuentra una explicación a partir de los presupuestos filosóficos que le servían de fuente nutricia.

En el pensamiento filosófico burgués moderno existen, al menos, dos tradiciones que influyen en el liberalismo político decimonónico y de las primeras décadas de siglo xx. Una, toma al hombre como ser egoísta, y hace de esa condición el fundamento de las relaciones humanas. Para esta tradición, el hombre es un ser imperfecto e incorregible. Piensa que la democracia es el menor de los males posibles, y por eso tiene grandes puntos de contacto con las posiciones conservadoras. La otra, de franca inspiración ilustrada, no niega el egoísmo, pero entiende al hombre como ser perfectible, al considerar la bondad como elemento intrínseco a su naturaleza. Inspirada en el mito del buen salvaje, se preocupa por el papel de la educación como medio para perfeccionar al hombre y el funcionamiento social. La sociedad, para ella, se rige por el contrato social basado en el respeto a la libertad, igualdad y solidaridad humana; derechos naturales que son considerados desde una perspectiva abstracta. Estos puntos de vista la acercan a posiciones políticas más democráticas y radicales.

Una última reflexión sobre la Selección..., que también es válida para el texto sobre El pensamiento filosófico en Cuba..., se refiere a la calificación del pensamiento de determinadas figuras como reaccionario, y su inclusión lógica en esa corriente. Intelectuales como Manuel Márquez Sterling, Mañach o Roberto Agramonte eran portadores de un pensamiento rico, complejo y controvertido, poco susceptible de ser enmarcado en una u otra tendencia por medio de determinados reduccionismos ideológicos.

Es bastante cuestionable la ubicación de Márquez Sterling en un liberalismo reaccionario y antinacional. No pretendo negar su elitismo —dado su culto a la platónica creencia del intelectual como gobernante ideal—, ni hacer de él un paladín del antimperialismo; pero su posición no era propiamente proimperialista, pues sostenía el criterio de oponer la virtud doméstica

a la injerencia extraña, tesis sustentada por la mayor parte de la intelectualidad insular en las dos primeras décadas del siglo xx. Márquez Sterling apelaba a la educación del pueblo, resaltaba la importancia de la regeneración moral, y fustigaba la política corrupta de los partidos tradicionales. Este liberalismo ilustrado contribuyó también al desarrollo del sentimiento y la conciencia nacionales. En *Doctrina de la República* escribe:

Sin duda nuestro noble pueblo atraviesa un período singular de su evolución republicana. Es casi el mismo pueblo de la colonia. Los nuevos hábitos de la República tropiezan aún con los viejos hábitos del cautiverio. La esclavitud le irrita pero no le sorprende. Cuando la esclavitud le cause al mismo tiempo sorpresa e irritación será más fácil gobernarlo que desgobernarlo.<sup>24</sup>

Ese civilismo se hace más evidente cuando en la mencionada obra leemos:

El gran partido político del porvenir, en Cuba, ha de ser el que se oponga a la corriente y el espíritu del privilegio; y ha de constituirse como una urgente necesidad reparadora; y ha de sostenerlo, impulsarlo, engrandecerlo, frente a esa visión de abusos e injusticias, de fraudes y despotismo que lleva en los ojos, a modo de resignación, el pueblo cubano.<sup>25</sup>

En cuanto a Roberto Agramonte y Jorge Mañach es conveniente hacer algunas precisiones, pues con su actividad y obra no solo enriquecieron el conocimiento filosófico, sino que fueron más allá, al realizar una notable contribución a la cultura nacional. Es imposible negar que ambos estuvieron marcados por el anticomunismo, tendencia que suscribía una buena parte de la sociedad e intelectualidad cubana antes del 59, y que solo la capacidad política de Fidel Castro pudo revertir. El rechazo al marxismo de esos dos pensadores los condujo, con posterioridad a la radicalización del proceso revolucionario, a abandonar el país. Sin embargo, este comportamiento no debe llevarnos a descalificar por completo su producción y estigmatizarla como esencialmente reaccionaria y antinacional, pues en sus escritos se encuentran un conjunto de reflexiones valiosas alrededor de las ideas, la cultura y la filosofía en Cuba.

Agramonte y Mañach aspiraban a una República burguesa, liberal, democrática, con soberanía plena. Puede pensarse que fueron los representantes ideológicos de un sector social inexistente en el país: la burguesía nacionalista. Digo nacionalista y no nacional, dadas las diferencias entre una y otra. Cuba contó con una burguesía nacional que, a despecho de sus homólogas de México, Argentina y Brasil, no generó en ciertos sectores dentro de su seno un movimiento auténticamente nacionalista. La burguesía cubana nunca pudo cortar el cordón umbilical que la ataba al capital norteamericano, de ahí que no pudiera desarrollar una industria nacional y, por consiguiente, alcanzar mayores cuotas de independencia económica y soberanía.

En la Cuba neocolonial, el nacionalismo tuvo sus exponentes más importantes en las clases trabajadoras y en sectores radicales de la pequeña burguesía. También se encontraba en las buenas intenciones de distintos sectores medios y de la intelectualidad. Lo trágico en personalidades como Agramonte y Mañach es que, por prejuicios de carácter clasista y por su anticomunismo, abjuraron del proceso revolucionario, mediante el cual se logró la dignidad nacional a que aspiraban, al alcanzar niveles de independencia y soberanía desconocidos hasta ese momento.

Agramonte se dio a conocer en la vida pública nacional por sus críticas a las concepciones antidemocráticas y reaccionarias de Alberto Lamar Schweyer, quien en *Biología de la democracia*<sup>26</sup> defendía la dictadura de Machado desde el prisma de la eugenesia. Este sostenía, desde un punto de vista biologizante, la superioridad de la raza blanca, la única que por sus condiciones intelectuales y su capacidad podía evitar la anarquía y el desorden social. Los gobiernos fuertes y dictatoriales eran los apropiados para naciones como Cuba, con un porcentaje significativo de población mestiza y negra.

La perspectiva eugenésica de Lamar formaba parte de una tendencia socialdarwinista que, siguiendo patrones discursivos continentales, se había insertado en el clima intelectual cubano desde principios de siglo. La crítica o defensa de determinados rasgos del cubano desde una perspectiva biologizante puede rastrearse en la producción intelectual de la época.<sup>27</sup> En *La biología contra la democracia. Ensayo de solución americana*,<sup>28</sup> Agramonte mostró el carácter pseudocientífico de las concepciones lamarianas y puso punto final a los debates de corte eugenésico, al evidenciar la irreductibilidad de lo social a lo biológico. Pero su crítica fue más allá, pues patentizó también la inconsistencia de las ideas, de origen nietzscheano, de Lamar en torno al papel del superhombre en la historia. El joven profesor de la Universidad de La Habana demostró que las grandes

personalidades pueden influir grandemente en un acontecimiento histórico, pero no crearlo.<sup>29</sup>

La contribución de Agramonte a la educación y cultura nacionales trasciende las aportaciones que hace en *La biología contra la democracia*. Profesor titular de Sociología General y Filosofía Moral, sustituyó a Varona en la Cátedra de Ciencias Filosóficas. Escribió una *Introducción a la Sociología* y un *Tratado de Sociología General*. Fue Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y más tarde Rector de la Universidad de La Habana. Asumió la dirección del Partido Ortodoxo después de la muerte de Eduardo Chibás y llegó a participar en el primer gabinete ministerial después del triunfo revolucionario de enero de 1959. Pero más que por su labor en la Sociología o por su actividad de dirección, debe resaltarse su papel en la conservación y divulgación de la producción filosófica cubana del siglo XIX. Su actividad al frente de la Biblioteca de Autores Cubanos coadyuvó al rescate de una conciencia patriótica, que había encontrado su mejor expresión en nuestra filosofía decimonónica. Agramonte, al igual que Medardo Vitier, colocó las investigaciones histórico-filosóficas al nivel de las más avanzadas del continente, y dio pasos precursores en la búsqueda de una filosofía propia.

Mucho más compleja y controvertida que la figura de Roberto Agramonte, se nos presenta la de Jorge Mañach. Como hombre público, participó en la Protesta de los Trece y en el Grupo Minorista. Se opuso a la dictadura de Machado desde las filas del contradictorio y derechista ABC, y contribuyó al establecimiento de la Constitución del 40. Se manifestó en contra del golpe de Estado de Batista y firmó un manifiesto de solicitud de amnistía para los asaltantes al cuartel Moncada en 1953. Dio muestras de simpatía por el Movimiento 26 de Julio y por Fidel Castro. El triunfo revolucionario lo contentó grandemente, pero —como ya se apuntó— desencantado con el rumbo socialista que se estaba produciendo en el proceso revolucionario, y movido por su anticomunismo, abandonó la Isla en 1960.

A lo largo de más de cuatro décadas, Mañach se distinguió por su actividad intelectual. Fue profesor titular de la Universidad de La Habana, fundador y director de la Universidad del Aire, miembro de la Academia Nacional de Arte y Letras, de la de Historia de Cuba y de la Cubana de la Lengua. Se distinguió como brillante ensayista, con una obra rica y polémica que apareció en revistas como *Avance*, *Social* y *Bohemia*. Entre sus principales obras se destacan: *La crisis de la alta cultura en Cuba*, *Indagación del choteo*, *Martí*, *el Apóstol*, *Historia y estilo* y *Para una filosofía de la vida* y otros ensayos.

No es posible realizar aquí un análisis de los aportes de estas obras al patrimonio cultural de la nación. No obstante, me parece necesario mencionar que obras

como Martí, el Apóstol, llegaron a los más diversos sectores de la población y enriquecieron el conocimiento sobre el Maestro y sus posturas antimperialistas. Un ensayo como «Indagación del choteo» supera la connotación exclusivamente negativa que esta manifestación tenía en la obra de Fernando Ortiz y se adentra en un estudio psicoanalítico y social del cubano, que muestra rasgos del ser nacional. En su estudio, Mañach reconocía que el choteo estaba pronto a desaparecer como rasgo del carácter cubano. Cabe preguntarse si en realidad se esfumó de nuestros hábitos de conducta y nuestra cultura, o si sufrió una metamorfosis que espera por nuevos estudios. Con esta obra, Mañach se adelanta a análisis similares que —como *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Samuel Ramos— exploraban el complejo mundo de lo autóctono y la universalidad filosófica de lo identitario.

## Algunas valoraciones finales

Es sorprendente cómo, desde fines de los años 20, se está produciendo en el país un complejo movimiento intelectual que se dedica a estudiar, desde diferentes perspectivas, los rasgos definitorios de nuestro ser nacional. Se comienza a construir una filosofía de la identidad y la autoctonía que, como quería Luz y Caballero, fuese tan sofía como lo fue para los griegos. También se desarrolla una importante corriente que, al historiar las ideas en Cuba, recupera para la cultura nacional el significado e importancia de la obra de Varela, Luz, Saco, Varona y Martí, y propicia la consolidación de nuestra conciencia patriótica.

Tal vez por ello siempre me han resultado contraproducentes las tesis sobre un vacío filosófico casi absoluto en las primeras décadas del siglo xx, o la inexistencia de filosofía en la Cuba republicana hasta la aparición de la Sociedad Cubana de Filosofía, en los años 40; ideas sustentadas por Medardo Vitier y Humberto Piñera Llera, respectivamente. Ambos tendrían razón si la filosofía quedara reducida a la construcción de grandes sistemas especulativos, pero si por filosofía, en esta parte del hemisferio, se entiende no solo lo metafísico y especulativo, sino una reflexión más centrada en nuestras necesidades y autoconocimiento, y enfocada hacia la problemática de los valores, la ética, la política, y lo sociocultural, las tesis expuestas anteriormente carecerían de fundamento sólido. Una definición de la filosofía que precisa el Nuevo mundo fue ofrecida, casi cien años atrás, por el argentino Juan Bautista Alberdi, cuando en «Ideas para un curso de filosofía contemporánea» escribía:

Nuestra filosofía, pues, ha de salir de nuestras necesidades. Pues según estas necesidades ¿cuáles son los problemas que la América está llamada a establecer y resolver en estos momentos? Son los de la libertad, de los derechos y goces sociales de que el hombre puede disfrutar en el más alto grado en el orden social y político: son los de la organización pública más adecuada a las exigencias de la naturaleza perfectible del hombre, en el suelo americano.

De aquí que la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto; ardiente y profética en sus instintos; sintética y orgánica en su método; positiva y realista en sus proceder; republicana en su espíritu y destinos.<sup>30</sup>

Los pensadores más importantes de la Cuba neocolonial, tal vez sin proponérselo de manera consciente, sentaron pautas para una tal filosofía. Al darse a la tarea de conocer nuestra realidad, penetraron en los rasgos de nuestra idiosincrasia, rescataron nuestras raíces históricas y culturales, denunciaron la corrupción administrativa y la dependencia económica y política, y soñaron con una República libre, democrática y con determinados niveles de equidad y justicia social.

Es cierto que la representación que cada uno de ellos se hizo, respondía a motivaciones ideológico-clasistas, y estas posibilitan ubicarlos en las consabidas posturas de derecha, centro e izquierda. Pienso que, siempre que sea factible, se debe evitar la clasificación simplista y favorecer el análisis casuístico, pues solo este nos preserva del error y el esquematismo. Tal vez una posible solución consista en identificar a los pensadores con los proyectos sociales que estos representan, y cómo se insertan en los problemas que se debaten y en las coyunturas discursivas.

Del entusiasmo inicial por la construcción de una nación moderna, proyectada hacia un proceso descolonizador que vio en los Estados Unidos un referente de progreso y desarrollo científico-técnico (constatable en la obra del todavía positivista Enrique José Varona y del joven Fernando Ortiz, entre otros autores), se pasa al discurso de la frustración republicana. Buen ejemplo de esto se encuentra en el escepticismo de Varona y la sensación de decadencia y frustración presente en la obra de José Antonio Ramos, Roque E. Garrigó, y otros. El surgimiento del Grupo Minorista y la aparición de revistas como *Avance* y *Bimestre Cubana*, junto a la reaparición, bajo la dirección de Fernando Ortiz, de la *Sociedad Económica de Amigos del País* y la renovación de los estudios históricos, con Ramiro Guerra, Enrique Roig de Leuchsenring, y otros, crearon un clima intelectual, bajo el principio de «despertar de la conciencia nacional».

Esta atmósfera, unida a diversos factores políticos, profundizó el antimperialismo que se venía gestando entre diferentes sectores de la población, y desembocó en la revolución antimachadista primero, y en las luchas en torno a la constituyente del 40, después. Fue en los

marcos de este contexto que emergió con fuerza en la arena política e intelectual de la nación una corriente procedente de las filas de las clases trabajadoras, que desempeñó un importante papel en la lucha contra la tiranía de Machado y a favor de reivindicaciones populares, democráticas y antimperialistas: el marxismo. Su irrupción, presidida por el ejemplo luminoso de Rubén Martínez Villena y Julio Antonio Mella, dio un nuevo sentido a la filosofía y a las ideas en Cuba.

## Notas

1. Colectivo de autores, *Historia de Cuba, La neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, Instituto de Historia de Cuba. Editora Política, La Habana, 1998, cap. II, pp. 84-5.
2. Véase Francisca López, Oscar Loyola y Arnaldo Silva, *Cuba y su Historia, Gente Nueva*, La Habana, 1998, p. 182.
3. *Ibidem*, p. 197.
4. *Ibidem*, p. 108.
5. María del Carmen Barcia, «La vía reformista en Cuba: de la sociedad a la política», en *Cien años de independencia en Cuba, II Simposio Cuba-Alemania, mesa redonda, Neue Folge*, n. 14, v. II, Eichstatt, 1999, pp. 164-85.
6. Consuelo Naranjo, «La emigración española a Iberoamérica desde 1880 a 1930. Análisis cuantitativo», en *Poblamiento y nacionalidad. Nuestra común historia*, Aula de Cultura Iberoamericana, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1994, pp. 116-27.
7. Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana*, Ediciones Unión, La Habana, 1995.
8. Jorge Luis Arcos, «Pensamiento y estilo en Jorge Mañach», *Temas*, n. 16-17, octubre de 1998-junio de 1999, La Habana, pp. 205-211.
9. Jorge Luis Arcos, «Prólogo», *Ensayos de Jorge Mañach*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999, p. XI.
10. Pablo Guadarrama y Miguel Rojas, *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo XX: 1900-1960*, Editorial Félix Varela, La Habana, 1998, pp. 72-3.
11. Edición conjunta de las obras de Medardo Vitier, *Las ideas en Cuba y La filosofía en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, 1970. En ella, los editores califican el trabajo como descriptivo, tanto de la época como de los autores y tendencias. Consideran que las valoraciones de las figuras no se avenían, en gran medida, a los puntos de vista de las investigaciones más recientes de nuestra historia, y las ceñían a criterios éticos abstractos, más que a políticos, sin tener en cuenta el trasfondo de la época y la lucha contra el dominio español.
12. Rafael Rojas, «La otra moral de la teleología cubana», *Casa de las Américas*, n. 194, enero-marzo de 1994, pp. 85-95.
13. La polémica apareció en el citado número de *Casa de las Américas* y tuvo cierta continuidad en *La Gaceta de Cuba*, n. 1, enero-febrero de 1996.
14. Rafael Rojas, *ob. cit.*, p. 85.
15. Theodore W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Editorial Reclam, Leipzig, 1989, pp. 9-15.
16. Rafael Rojas, *ob. cit.*, p. 85.
17. Joaquín Santana, «Las ideas en Cuba al cese del dominio colonial. Una aproximación crítica», en *En torno al 98. Nuestra común historia*, Aula de Cultura Iberoamericana, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997, pp. 73-82.
18. Raimundo Menocal, *Origen y desarrollo del pensamiento cubano*, Editorial Lex, La Habana, 1947, pp. 7-8.
19. *Ibidem*, prólogo al segundo volumen, pp. 7-8.
20. Jorge Luis Arcos, *ob. cit.*, p. XI.
21. Miriam Fernández, *Selección de lecturas de pensamiento político cubano II*, Universidad de La Habana, 1985, pp. 8, 289 y 485.
22. *Ibidem*.
23. Pablo Guadarrama y Miguel Rojas, *ob. cit.*
24. Manuel Márquez Sterling, *Doctrina de la República*, La Habana, 1930, p. 43.
25. *Ibidem*, p. 143.
26. Alberto Lamar Schwyer, *Biología de la democracia (Ensayo de sociología americana)*, Editorial Minerva, La Habana, 1927.
27. Por ejemplo: Cristóbal de la Guardia, *Estudio sobre el carácter cubano*; José Sixto de Sola, *El pesimismo cubano*; Mario Guiral Moreno, *Aspectos censurables del carácter del cubano*; Enrique Gay Galbó, *El cubano, avestruz del trópico*; junto a Francisco Figueras, *Cuba y su evolución colonial*; Roque E. Garrigó, *La convulsión cubana*; José Antonio Ramos, *Manual del perfecto fulanista*. El joven Fernando Ortiz, así como Enrique José Varona y Manuel Márquez Sterling, desarrollaron un discurso de la cubanidad negativa que contenía elementos biologizantes.
28. Roberto Agramonte, *La biología contra la democracia. Ensayo de solución americana*, La Habana, 1927, pp. 98-102.
29. *Ibidem*.
30. Juan Bautista Alberdi, «Ideas para un curso de filosofía contemporánea», en *Ideas en torno a Latinoamérica*, UNAM., México, D.F., 1986, p. 150.